

REVISTA ESPIRITISTA,

PERIÓDICO DE ESTUDIOS SICOLÓGICOS.

RESUMEN.

La comunicacion de L. Viale—En el cielo nos reconocemos—Discurso de Don Eusebio Ruiz y Salabe^r ria contra el Materialismo—Un avaro—La vida eterna—Miscelanea.

La comunicacion de L. Viale

Ante todo te diré que por mas que en la tierra se ensalce mi accion, no es tan meritoria, pues confiaba salvarme.

Luis Viale.

Ni los Gansos del Capitolio hicieron tanta algarabía cuando sintieron las pisadas de los Galos en la sagrada fortaleza de los Tarquinos, como la que armaron algunos pobres de espíritu al leer las palabras que preceden estas líneas copiadas de un periódico español por la Revista espirita de Montevideo y transmitidas por el espíritu de Luis Viale, héroe y mártir en la catástrofe del vapor "América" ocurrida en las aguas del Plata en Diciembre último.

Si se hubiese perpetrado uno de esos homicidios alevosos que consternan y trastornan á la sociedad entera, si se hubiese violado una capitulación, si se anduviese á puntapiés con la Constitución del Estado, ó si se hubiese roto algun cordón sanitario, no se habrían arrojado mas vituperios contra los sicarios, contra los liberticidas, contra los recalcitrantes, que los que se han lanzado á los espiritistas en general por haber cometido el crimen atroz de copiar esas palabras de un periódico extranjero, reproduciéndolas en nuestra Revista.

Al leer semejantes diatribas tan sin ton ni son, reímos como Heraclito por no llorar como Demócrito, pensando en lo que extravian las pasiones ruines acompañadas de cierta dosis de presunción que engendra la manía de mostrar que se entiende de todo, á veces sin entender en nada; ni tomarse el trabajo de

estudiar aquello sobre que se quiere dar palotada.

Sutor ne supra crepidam (*) es una máxima que viene de molde al numeroso coro de angélicos eruditos á la violeta.

Ahí queda por si alguno quiere aprovecharse de ella.

Ya sea por maldad, ó por ligereza, ó por ambas cosas juntas, se ha pretendido desnaturalizar el sentido moral de esas palabras, con el fin de estraviar la opinion calumniando al Espiritismo, incitando de paso á los deudos de Viale á que por medio de una acusacion, (no sabemos de cual género) se produjese el escandalo entre los mogigatos y los que aplauden ó vituperan segun ven hacer á otros, creyendo de ese modo dañar sin duda la nueva y sublime filosofía, y acaso preparar contra sus adeptos alguna nueva gresca parecida á la que en el siglo XII fraguó éontra los Albigeneses Alejandro III en la cual hizo correr la sangre de cristianos contra cristianos, de franceses contra franceses.

Por suerte no hay miedo de que los deudos de Viale adopten el malicioso á par que insensato consejo de esos SS.; ni lo hay tampoco de que nuevos Alejandro III, Inocencio I, Sixto III, Hormidas, Bonifacio II, Pelago I, Juan XI y Juan XII, Alejandro VI y otros tipos semejantes nos crucen y carbonicen porque creemos en la inmortalidad del alma, con todas sus consecuencias, puesto que los felices tiempos de los autos de fé pasaron para no volver á

(*) Proverbio que enseña á no dar fallo sobre lo que no se entiende. Su equivalente es:—Zapateo á tu zapato.

ennegrecer la atmósfera de este siglo con el humo de las fogatas inquisitoriales ó á enrojecer la arena de las plazas públicas con la sangre de las víctimas de los Torquemados, de los Deza, de los Tabera, y de otros verdugos de la humanidad alojados en los palacios del Santo Oficio de nefanda recordación.

Los que se empeñan en exhibir á los espiritistas como brujos, nigrománticos ó bárbaros, pierden el aceite y el trabajo, *perdam oleum atque operam*, como decía el que trabajaba en vano á la luz de la lámpara; ni al juzgarlos así se aperciben que envuelven en sus impotentes sarcasmos á una pleyade de hombres ilustres por sus conquistas en los dominios de la ciencia y de la filosofía que aceptan y propagan por medio de la palabra oral y escrita así en Europa como en América y en las demás regiones de la Tierra, la doctrina espiritista.

Tampoco se aperciben del ridículo que entrañan sus ataques que no son mas que la centésima edición de los que en todos los tonos de la majadería y de la *tontería* se han dirigido contra el Espiritismo, y han sido victoriosamente refutados, habiendo tenido que enmudecer los fanáticos, los Aristarcos, los Zoilos, y toda la numerosa familia de los *mangangás*.

Pero en el consejo de esa chillona estirpe algo de nuestra Revista debía servir de pretexto para abrir tamaña boca en son de tragarse el Espiritismo y sus creyentes; y á esas palabras de Viale les cayó en suerte ser esplotadas con tan villano propósito.

En su catilinaria nada perdonan, ni siquiera la sinceridad de nuestras opiniones, y por poco no piden contra los espiritistas la privación del agua y del fuego porque tenemos ideas propias y tenemos la valentía de esponerlas á la luz del Sol sin tener en cuenta los tiros de los hipócritas, de los necios ó de los *tonos* á quienes por lo mismo compadecemos y siempre cuando elevamos nuestra alma á Dios rogamos por que les quite las cataratas.

¡Cuánta bulla por nada! Con cuánta mas cordura procedieron los Gansos del Capitolio! Cierto es que estos graznaron, y graznaron tanto que despertaron á los Romanos, pero fué para advertir-

les el peligro de la patria, mas contra nosotros se grita y se patalea sin existir tal peligro, sin divisarse tales galos, ni tales molinos.

Se motejan y estigmatizan las palabras de Viale bajo el pretexto de que el *medium mente* (sic) quitando el mérito á la acción de aquel héroe.

¡Error, Señores, Error!! quienes conspiran para rebajar esa hermosa acción son ustedes que tienen la osadía de desconocer en su autor la modestia con que habla de ella cuando se la recuerdan.

Nadie hasta hoy había tenido la audacia de negar que la *modestia* era una de las calidades mas brillantes de las almas superiores, pero estaba reservado á los censores de Viale y de los espiritistas desconocer en aquel ser esa condición estética, pretendiendo negar que como espíritu y aun como hombre fuese capaz de ese delicado sentimiento que tanto lo enaltece á los ojos de las gentes sensatas, aunque así no lo comprendan las que han tomado el vano empeño de defender su memoria que nadie ataca.

Timeo Danaos et dona ferentes, podría decir Viale con mucha razón "Librome Dios de estos argivos y de sus regalos" porque de cierto es un verdadero presente griego desde que conspira á negar al alma de aquel, una de las calidades que mas la encumbran.

Si en vez de distar Viale esas palabras que tantos aspavientos han producido en las imaginaciones histéricas, hubiese dicho "En verdad mi acción fué magnánima" ¿No les parece á los críticos noveles que semejante jactancia sería indigna de un carácter elevado, de un verdadero espiritista como lo era Luis Viale?

Pues bien, interrogado este sobre su acción no podía contestar sino del modo que lo ha hecho, ni mas ni menos que como lo haría un hombre de bien, que en igualdad de circunstancias hubiese sobrevivido á un hecho tan heroico, so pena de rebajar su carácter.

Ya ven pues los que tanto han escandalizado, que si Viale se hubiese guiado por tan pobre criterio, habría aparecido hoy y siempre mucho menos grande de lo que su modestia lo exhibe en las

palabras que son el tema de estos renglones.

Confiesen pues los desapiadados censores de Viale que no ha habido términos hábiles para levantar esa grito, y convengan en que si la causa se hubiese de fallar por jueces imparciales habrían de dar la razón á los Gansos del Capitolio, pues gritería por gritería al fin la de estos fué mas proficua, ya que con sus graznidos salvaron el baluarte romano, mientras que los críticos de que nos ocupamos nada han salvado, ni aun ellos se han salvado del ridículo.

Nuestra opinión era no contestar palabra á los dislates é injurias de que nos hemos ocupado, pero hemos cedido á los deseos de muchas personas respetables que han creído que "entrañando la censura, el propósito perverso que se atribuye á los espiritistas, á saber: el de deprimir una acción magnánima, — no podíamos dejar de decir algo que pudiese en transparencia ese mal propósito.

Por lo demas nunca ha sido nuestro ánimo ocuparnos de polémicas en que no se guarden las conveniencias establecidas entre gentes de educación pues en ese linaje de controversias se pierde miserablemente el tiempo que se necesita para cosas mas útiles.

Antes de ahora lo hemos dicho; contestaremos solamente á los artículos serios y decentemente escritos en que se impugne uno ó mas puntos de nuestra doctrina: ante estos adversarios nos detendremos con gusto, pues vale la pena oírlos y refutarlos: solo de ese modo se aprende y se enseña algo útil.

En el cielo nos reconocemos.

(Por el R. P. Blot, de la compañía de Jesús.)

Uno de nuestros corresponsales el Dr. C. nos señala este pequeño libro, y nos escribe á tal respecto lo siguiente: "De algun tiempo á esta parte se han pronunciado palabras por hombres que han recibido la misión de hablar á los pueblos de caridad y de misericordia que yo como cristiano y espiritista me abstengo de calificar."

Permitidme á fin de reponeros de las penosas impresiones que como á todo

hombre recto han debido causaros, que os hable de un pequeño volumen del R. P. Blot. No creo que el sea espiritista, pero he hallado en su obra lo que en el Espiritismo hace amar á Dios y esperar en su misericordia; y muchos pasajes que tocan de cerca á lo que nos enseñan los Espiritus."

Hemos notado los pasajes siguientes que confirman la opinión de nuestro corresponsal:

"En el Siglo VII, el papa San Gregorio el Grande, despues de haber referido que un religioso vió al morir, los profetas venir delante de él, y que los designó por sus nombres, añadió: "Este ejemplo nos hace comprender que grande será el conocimiento que tendremos los unos de los otros en la vida incorruptible del cielo, pues que este religioso, estando aun con su carne corruptible, conoció los santos profetas que nunca había visto."

"Los santos se ven reciprocamente segun lo exige la unidad del reino, y la unidad de la ciudad donde moran en la compañía del mismo Dios. Se revelan voluntariamente sus pensamientos y sus afecciones, lo mismo que las personas de una misma casa que estan unidos por un amor sincero.

Entre sus conciudadanos del cielo, conocen á los mismos que no conocieron aquí abajo; y el conocimiento de las bellas acciones los conduce al conocimiento mas completo de los que las ejecutaron. (*Berti, De theologicis disciplinis.*)

"Habeis perdido un hijo ó una hija? Recibid los consuelos que un patriarca que Constantino la dirigia á un padre desolado. Este Patriarca fué Focio, autor del cruel cisma que separa el Oriente y el Occidente, pero sus palabras prueban bien que los Griegos piensan sobre ese punto como los Latinos. Helos aqui: "Si vuestra hija se os apareciese, se pusiese su mano entre las vuestras, y su frente llena de alegría sobre vuestra frente, si os hablase, no os haria la descripción del cielo? Despues agregaria: ¿Porqué afligiros ó Padre mio? Yo estoy en el paraíso donde la felicidad no tiene límites. Vendreis un dia madre querida, y vereis entonces que nada os he dicho de este lugar de delicias que sea exagerado,

“ tanto la realidad, sobrepasara á mis palabras.”

Luego los buenos espíritus pueden manifestarse, hacerse ver, tocar los vivos, hablarles, describir su propia situación, venir á consolar y alentar á aquellos que han amado; y si ellos pueden tomar la mano, por que no podrán hacer escribir? “ Los Griegos, dice el P. Blot, piensan sobre el particular como los Latinos:” por que pues dicen los Latinos, que este poder es solamente concedido á los demonios para engañar á los hombres?

El pasage siguiente es aun mas explícito.

“ San Juan Crisostomo en una de sus homilias sobre S. Mateo decia á cada uno de sus auditores:”

“ Descareis ver al que la muerte ha arrebatado. Llevad la misma vida que el en el camino de la virtud, y muy pronto gozareis de esta santa vision. Y le querriais ver aqui mismo? Bien pues, que es lo que os estorba. Se os permite y fácil es de verlo si sois sabios; porque la esperauza de los bienes futuros es mas clara que la vista misma.”

El hombre carnal no puede ver lo que es puramente espíritu; — si el puede ver los espíritus, es por que tienen una parte material accesible á sus sentidos, es la envoltura fluidica que el Espiritismo designa con el nombre de periespiritu.

Despues de una cita del Dante sobre los bienaventurados; el P. Blot continua:

“ Hé aqui pues el principio de solución para las objeciones: Al cielo, que es menos un lugar que un estado, todo es luz, todo amor.”

De modo que el cielo no es un lugar circunscrito; es el estado de las almas felices, donde quiera que sean felices, están en el cielo, es decir que para ellas todo es luz, amor é inteligencia.

Así lo dicen los Espíritus.

Fenelon á la muerte del duque de Beauvilliers, su amigo, escribia á la duquesa:

“ No solamente los sentidos y la imaginación pierden su objeto. Aquel que no podemos ver ya, está mas que nunca con nosotros. Sin cesar lo encontramos en nuestro centro comun. Nos

vé en él y nos procura verdadera ayuda. Mejor que nosotros conoce nuestras dolencias, él que ya no tiene ningunas, y pide las medicinas necesarias para nuestra curacion. En cuanto á mí, que despues de tantos años estoy privado de verle, le hablo y le abro mi corazón.”

Fenelon escribia tambien á la viuda del duque de Cheveuse. “Unamonos de corazón á aquel cuya pérdida sentimos, él no se ha separado de nosotros por mas que se haya vuelto invisible, el nos vé y nos ama, se interesa por nosotros. Llegado felizmente al puerto, ruéga por nosotros que todavia estamos espuestos al naufragio.”

Nos dice con una voz secreta: “apresuraos á juntaros con nosotros.” Los Espíritus puros escuchan, aman siempre á sus verdaderos amigos, en su centro comun. Su amistad es inmortal como su origen.

Los incrédulos no aman otra cosa que asi mismos, deberian desesperarse de perder para siempre á sus amigos; pero la amistad divina, cambia la sociedad visible. en una sociedad de pura fé, ella llora, y llorando se consuela por la esperanza de volver á reunirse con sus amigos en el pais de la verdad y en el seno del amor mismo.

Para justificar el titulo de su libro. “*En el cielo nos reconocemos*,” el P. Blot cita un gran número de pasages de escritores sagrados, de apariciones y manifestaciones diversas que prueban la reunion despues de la muerte, de aquellos que se han amado, las relaciones que existen entre los muertos y los vivos, los socorros que se dan mutuamente por la oracion y la inspiracion.

En parte alguna del libro se habla de la separacion eterna, consecuencia de la condenacion eterna, ni de diablos, ni de infierno; al contrario señala á las almas que mas sufren, libertadas por la fuerza del arrepentimiento y de la oracion, y por la misericordia de Dios.

Si el P. Blot lanzase, el anatema contra el Espiritismo seria lanzarlo contra su mismo libro, y contra todos los personajes cuyo testimonio invoca.

Cualesquiera que sean sus opiniones á tal respecto, diremos nosotros que si siempre se hubiese predicado en ese sentido, habria menos incrédulos.

(R. de Paris.)

Discurso

pronunciado en la Sociedad Espiritista Española en sesion del 5 de Junio, por Don Eusebio Ruiz y Salaberria, contra el Materialismo.

SEÑORES:

Si sólo obedeciera á los impulsos de mi propia inclinacion, no tomara parte en este debate, pues estoy profundamente penetrado de mi insuficiencia y de la ineficacia de mi palabra; pero por encima de toda consideracion esta la conciencia, que nos impone el deber de sumar nuestras fuerzas y de allegar materiales al edificio de nuestra doctrina, segun los medios de cada cual. Así, pues, vengo á depositar mi pobre ofrenda, débil grano de cernido polvo, y al hacerlo me es forzoso acogerme á vuestra benevolencia, de la que nadie más que yo está necesitado. Contando, pues, con ella, entro en materia.

No intento, señores sumergirme en las lúcidas profundidades del espiritismo para presentar á vuestra vista el brillo de su espléndida doctrina. No me propongo tampoco hacer un estudio del materialismo para combatirlo. Una voz elocuente se ha elevado ya desde este mismo sitio para establecer esta cruzada: no seria yo nunca el llamado á sostenerla: mi palabra no es bastante potente para que rasgando los horizontes lleguen sus ecos á los últimos límites, como á la grandeza del objeto cumple. Es mi propósito mucho más humilde. Aspiro tan sólo á presentaros en rapidísima ojeada, algo del mucho bien que una doctrina encierra; algo del mucho error que la otra encubre. La verdad hace brotar de mis labios una confesion que sale sin esfuerzo. El mucho bien que el materialismo ha hecho al espiritismo, estimulándole al estudio y al conocimiento de su doctrina. La controversia aviva el discurso, fortalece la razon y educa el entendimiento, facilitando así el adelantar en lo conocido y penetrar en lo ignorado, que es la marcha natural del progreso. La discusion es la antorcha de la razon, y ella nos guiará para sacar triunfante nuestra doctrina, que se agigantará con las dificultades y se afanzará con los inconvenien-

tes y con los obstáculos. No nos altere la incredulidad; combatámosla con templanza, nunca con ensañamiento. El ultraje aleja, la dulce persuacion atrae y obliga. Así, pues, mi palabra no será inspirada por enemigo encono, ni siquiera por exaltada agresion; será más bien el grito del alma herida.

Necesitamos, señores, desarraigar preocupaciones que viven á la sombra de intereses y de añejos hábitos; lo conseguiremos con fé y perseverancia. Sin embargo, voy á presentaros un peligro del que es preciso huir. Este siglo que dá asilo á todas las religiones, á todas las creencias, lleva en sí el riesgo de las facilidades, de las irreflexivas impresiones; pero es tal la fisonomia de la época, tal la necesidad de los tiempos que corremos, tal el poder de esas misteriosas corrientes que se cruzan en todas direcciones, y que ora de frente, ya de espalda ó de través, nos empujan á cumplir los destinos que á la humanidad están trazados. Las ideas salvadoras cruzan las edades, recorren los siglos, y no se detienen ni por obstáculos, ni por amenazas, ni siquiera por la sangre. ¡Ah! ¡La sangre! El árbol regado por su corriente ha brotado más lozano y potente, llegando á la plenitud de su desarrollo. Recordemos á este propósito el poderoso vuelo que tomó la sublime doctrina de Jesus, al calor vivificante de su preciosa sangre y de la de sus mártires. Pero afortunadamente son otros los tiempos; ya hoy no puede entregarse el fiero fanatismo á sus ardorosas persecuciones. Adelante, pues, y no nos arredre tampoco el ridiculo, única arma con que se nos combate á falta de otra mejor. Toda verdad depositada en la tierra ha costado á sus autores la persecucion y no pocas veces la muerte. Abrid el libro de la historia y en las páginas de sus adelantos encontrareis este lema tan angustioso como verdadero: «No hay progreso sin suplicio.»

Se moleja al Espiritismo de que sus principios no son nuevos. ¡Pobre argumento! Pocas son las verdades que el mundo posee, y estas derramadas por sus vastas superficies y amasadas con montañas de errores. El que purificandolas las

reuniera y construyera con ellas el edificio de la verdad humana, habría prestado un inmenso servicio: pero eso sería la obra de un gémo: de un sér sobrenatural. Esta es pues, la obra del Espiritismo. Ahora ya que no queráis comprenderle, por lo ménos admiradle. Y no creáis que el Espiritismo es una idea engendrada por la veleidat de un fugitivo sentimiento que hoy viene al liviano empuje de un soplo, y otro soplo se llevará mañana, sino que gigante granito tiene su cimiento en la razon y su cúspide en las elevadas regiones del espacio, donde se cruzan los hábitos aun cálidos de los séres que los pueblan y nos transmiten sus sábias enseñanzas.

Compadezcamos á los que en el error persisten, y á los que faltos de fé, se hallan sumidos en doloroso descreimiento. Lamentemos tales caídas del espíritu humano. ¿Qué mayor desgracia para el materialista, que la penuria de su doctrina, que no le eleva del suelo ni un solo codo? ¡Pobres seres tan pegados á su carne que no ven fuera de ella ni goces ni placeres! Y cuando los años la consumen, cuando el tiempo en su inexorable marcha la arranca una á una sus fuerzas y su vigor, que constituian toda su grandeza, ¿que resta á esos desgraciados?... la desesperacion. En esos momentos en que la muerte viene á despojarnos de nuestra terrenal vestidura, el materialista, pobre, avaro, que vé le roban su tesoro que no puede defender en su desfallecimiento, sufrirá horribles suplicios, sin que dulcifique el terror de su agonía ni un solo pensamiento consolador. En cambio el espiritista vé acercarse esta hora suprema con las plácidas palpaciones del que espera cosa mejor, con la satisfaccion del peregrino que toca el término de su penoso viaje: con la tranquila calma del que considera que esta muerte es la vida que sube y se dilata por los espacios infinitos, mientras que la vida que pierde es el combate en medio de la fatiga, el esfuerzo contra el obstáculo, la caída contra la elevacion. Venid materialistas, acercaos á las luminosas fronteras que separan nuestra doctrina de los sombríos contornos que la

vuestra proyecta. Cuanto de grande y benéfico entrañan todas las religiones, al presente impracticable en su mayor parte por el atraso moral en que nos hallamos, todo se encuentra latente en el Espiritismo, esperandó momento y ocasion para desenvolverse. Fundidas en esta todas las religiones, la vida alcanzará un grado de felicidad inesplicable.

Pero pasemos á explorar ligeramente algunos puntos del materialismo, y sometámoslos á razonada discusion. Dicen sus sectarios que en el estudio de la materia no han tropezado jamás con el espíritu, creacion puramente fantástica, debida á la exaltada imaginacion de los idealistas. ¡A cuántas y cuántas ventajas tendria que renunciar la ciencia, si se detuviera allí donde no alcanzan nuestros pobres é imperfectos sentidos! ¿Negareis acaso la existencia de la electricidad, fluido que ni se vé ni se pondera? ¿Rechazareis la gravedad, fuerza que solo por sus efectos apreciamos? Vosotros mismos, ¿no admitis el influjo absoluto de la materia sin verla funcionar y solo por suspicacia de escuela? Si los actos del hombre son producto de una secrecion del cerebro, si son por consiguiente ineludibles, si les despojais de su mas bello atributo que es el libre albedrío, ¿qué son esos códigos con que las naciones se escudan contra los instintos del perverso sino actos de insigne iniquidad? ¿Conque la materia impera, no hay sobre ella dominio, y condenais, crueles, á terribles suplicios al sér que arrastrado por una combinacion de gases, en la que ninguna participacion se le concede, comete uno de esos crímenes que toda sociedad reprueba? ¿Y os llamais justos? ¿Y tal vez aspireis al dictado de lógicos? ¿Qué son el heroísmo, qué la virtud? Palabras vanas, un poco de fósforo, segun vosotros ¡Nécia humanidad, que busca perpetuar con monumentos imperecederos la memoria de los altos hechos, de las acciones nobles! ¿A qué ese sentimiento de gratitud, si el hombre que ha enriquecido la ciencia con algun portentoso descubrimiento, el que ha ofrecido su vida en holocausto por salvar á su pueblo de la servidumbre, lo ha hecho, no por ellos,

sino apesar de ellos, empujado por el peso de su masa encefálica?

Donde no hay esfuerzo no hay vencimiento. La materia, arrastrando al hombre al fatalismo, le entrega á sus brutales instintos. Quitad al hombre la voluntad, y le convertis en bruto; despojadle del alma, y... ¡ay de la humanidad! Vuestra doctrina amenaza la grandeza del hombre para hundirle en el abatimiento: comprometéis tambien con ella la tranquilidad de los pueblos, arrojándolos en un fatal desequilibrio que los sumiria en la miseria moral al elevar su materia y anular su espíritu. Creedme; las rompientes de ese embravecido mar de extraviadas pasiones, desgarrarian despiadadamente á la humanidad y la harian rodar á abismos sin fondo, produciendo en su ruidoso derrumbamiento catástrofes sin ejemplo. Mis ojos entristecidos tienen una dolorosa mirada sobre esos ultrajes hecho á la inteligencia, ese sarcasmo arrojado sin miramiento al rostro de la conciencia.

¿Cómo hombres que dan pruebas de elevadas dotes de entendimiento, al defender con agudeza de ingenio tales principios, atribuyen ese raro esfuerzo de su inteligencia privilegiada á una secrecion de su cerebro? Al brotar de su mente el pensamiento, ¿no sienten dentro de sí latir algo superior á la materia, algo que les inspira, una fuerza que pone en movimiento todo su ser, que le emociona; movimiento que la materia no puede refrenar, fuerza desconocida que si no se vé se siente? Es un acto abusivo de vuestro espíritu, que se presenta mas patente en el momento mismo en que más le negais. Permitidme que os lo diga, sin mengua para vosotros: teneis deleite por la oscuridad, os enagena la sombra, y caminais á tientas entre tinieblas porque cerrais obstinadamente los ojos, temerosos sin duda de que un rayo de luz venga á herir vuestra sensible pupila. Si todo fuera obra del organismo, el razonamiento ageno no produciria efecto alguno en vosotros, pues la materia sólo es impresionable á la accion de la materia. ¡Cuánto desvirtua y empequeñece su inteligencia quien le dá tan pobre origen! ¿Qué son pues vuestras

teorías? Leve polvo que se disipa al contacto de la razon. Vuestra brillante palabra, vuestra lujosa frase, ese fastuoso séquito de fascinadoras imágenes, son el destumbrante velo con que cubris la nada de vuestra idea, la indigencia de vuestra doctrina. ¿No comprendéis que al herir los mas íntimos sentimientos del hombre le quitais su propia estimacion, uno de los mas poderosos resortes de sus virtudes, de su grandeza? Si la materia impera, dejarla obrar libremente es lógico, pues la coaccion seria un gran acto de demencia, careciendo de objeto. Si el hombre no vive de una esperanza que se encuentra mas allá de su pobre existencia, ¿cómo soportará sin rebelarse las adversidades que de continuo le rodean, los sufrimientos, patrimonio de la vida, las aflicciones, inagotable pasto de sus breves días.

En las revoluciones seculares de la humanidad, se marca un fin siempre progresivo que fijamente queda esculpido en huellas indelebles sobre las pasajeras edades del mundo. Es una marcha ascendente que le acusan al geólogo su ciencia, al sábio sus lucubraciones, al observador la historia. Para que este movimiento no experimente horas de detencion en su marcha, es preciso auar el progreso material con el moral. Hay un encuentro providencial entre el espíritu y la materia, que se buscan para complementarse segun su relativo estado de adelanto: así, que, el espíritu reinandó absolutamente sobre la materia, ó esta enseñoreada del espíritu, producen el más fatal de los desequilibrios, y esto prueba nuestro dualismo. Esos sueños voluptuosos en que os adormecéis, entrevistados en el fondo de no sé que ilusorio porvenir, considerando los seductores goces que os ha de proporcionar el progreso material, tienen un despertar horrible. Por asombroso que sea el progreso material de un pueblo, su ruina es inevitable si no se complementa con la moral. La historia de todos los siglos lo demuestra. Pudiera presentaros ejemplos: uno tenemos próximo, vivo, que aun mana sangre; pero no seria en mi generoso evocarle, añadiendo al dolor de la

zaida la afrenta de la censura. A la posteridad toca juzgar. Tomaré mi ejemplo de mas remotas edades. Si nos remontamos al dilatado imperio de Asiria, cuyos cimientos cedió Nemrod 2180 años A. de J., y nos fijamos en Babilonia, emporio de civilizacion, donde el génio de la célebre reina Semiramis aglomeró cuanto de grande el mundo encerraba; si recorremos sus atrevidos túneles, sus potentes diques, sus vastos y numerosos canales; si de aqui pasa nuestra atencion á esa extensa muralla que la circundaba, á esos bellos jardines que coronaban las alturas de sus palacios fecundados por las aguas del Eufrates, elevadas por un bien entendido sistema de regadio; por último, si penetramos en ese templo de Belo, verdadera maravilla donde rivalizaban la belleza y la riqueza artísticas, no podremos menos de confesar que las ciencias y las artes, fundamento de todos estos trabajos, debieron haber alcanzado mucha altura. ¿Pero que nos queda de tanto esplendor y magnificencia? Vagos recuerdos de esas obras colosales, é informes ruinas que aun hoy dia ocupan diez y ocho leguas de extension y que los viajeros admiran en las inmediaciones de Bagdad. Ese pueblo, cuya destruccion profetizó Isaias, enenagado en las abominaciones de una repugnante idolatria que, haciendo mercancia del pudor entregaba sus doncellas á la concupiscencia de los extranjeros, se abismó en la mas vergonzosa ruina sin legar á la posteridad otro monumento de su grandeza que el humillante recuerdo de su sensualismo.

Como deducción lógica, inexorable de su doctrina, los materialistas tambien niegan á Dios. Si el mundo está regido por leyes, cuyo secreto el hombre trabajosamente arranca á la naturaleza, si esas leyes llevan el sello de una admirable sabiduría, estableciendo orden, unidad y armonía en el Universo, ¿podríamos creer que solo el acaso fuera el ordenador de tan maravillosas concepciones? No es mas natural y más lógico el suponer que haya un Sér Superior, que reuniendo en sí mayores perfecciones, que cuanto de él es hechura, digo mal, la perfeccion Suprema

sea el Hacedor de tan sublime creacion? ¿Seria posible que obra tan acabada existiera sin autor? ¿Cómo rendimos el tributo de nuestro homenaje á los hombres que deben á su incesante estudio el descubrimiento de algun arcano y negamos ciegos la existencia del Creador de aquello mismo, que tantos desvelos nos cuesta el comprender? Siempre nos encontramos pequeños en medio de la Creacion á poco que meditemos; pero siempre nos juzgamos grandes en nuestra soberbia, despreciando arrogantes aquello solo que sin duda por su misma magnitud nos ciega. ¿No se extingue en vuestros labios la palabra y se oscurecen en vuestra mente las ideas al contemplar la inmensidad de la Creacion y al intentar penetrarla? Pero basta ya sobre este punto, que no merece sería refutacion; pues la idea de Dios se halla grabada con caracteres de fuego en el corazon y en la conciencia de todo sér pensador.

Pasemos al dualismo. No podemos negarle. Hay dentro de nosotros algo que nos eleva sobre este polvo que pisamos. La atraccion que experimentamos hácia lo eterno, hácia ese mas allá á que nos acogemos, como el niño al regazo de su madre para buscar consuelo en nuestras adversidades, alivio en nuestros sufrimientos, es palpable prueba de esta verdad. No se requiere penetracion muy sutil para comprenderlo: es un sentimiento del que todos participamos, es una aspiracion que no viene ni de las religiones, ni de las creencias filosóficas, ni de la educacion: está en nuestro ser, en esa sutil esencia que dentro de nosotros se agita, mueve y se impacienta de verse encadenada y que no tiene tasa en la medida de su desenvolvimiento. En esos grandes dolores en que la materia permanece muda y solo sensible á sus instintos de conservacion, ¿qué sentimiento brota de lo mas interno de nuestro sér y derrama purísimos consuelos en él, con pensamientos que se hallan en esa imaginaria esfera a que solo puede tocar el espíritu, trasportandonos á mundo mejor y refrescando la fiebre de nuestro duelo? ¿Cómo ha de creerse que ese esfuerzo con que nos

lanzamos atrevidos á los espacios, recorremos sin vacilacion sus lejanos horizontes, hasta los mas invisibles, y llegamos á posar tranquilos nuestra planta en los umbrales de lo infinito, buscando en nuestro anhelante saber la causa suprema, cómo hemos de crear, repito, que la materia encierre en sí energía, fuerza y grandeza bastante, que todo esto se necesita, para tomar tan rápido y potente vuelo? Desechad vuestra alucinacion, estudiad con la elevada inteligencia de que estais dotados vuestro sér, desmenuzad vuestros internos movimientos y hallareis en fin lo mismo que negais, escondido en el santuario de vuestra conciencia.

Una última palabra sobre el Espiritismo. Aun en la duda, si el espíritu vagando incierto entre encontradas creencias, falta de verdadera fé, pero ávido de alcanzarla, buscarse una que le diera esa tranquilidad, esa ventura que todos perseguimos: ¿quien vacilaria en la eleccion, considerando que el Espiritismo nos dá, como ninguna otra, felicidad en la tierra, satisfaccion cumplida á la inteligencia, inefables consuelos al corazon, infinitas esperanzas al alma, en suma, que satisfacen á la razon y al sentimiento? No hay otra que llene mas condiciones, ni que la mente pueda aceptar con mayor fundamento, después de sugetada á maduro é imparcial examen. Colma la más exigente aspiracion del sér dentro de lo racional, y le baña de consuelos envidiables.

Toco ya, señores, al término de mi tarea, pero antes voy á hacerme cargo de un concepto equivocado vertido por el Sr. Alfaro. Decia este profundo racionalista al analizar las máximas fijadas en las paredes de estas sala, que no encontraba adecuada la que dice, «Marchar á Dios por la ciencia y la caridad.» Mi digno hermano en creencia Sr. Rebolledo, con fácil palabra é inflexible lógica, que yo no sabría imitar, demostró de una manera clara, evidente incontestable: que sin la ciencia no puede llegarse al conocimiento de Dios, y que cuanto más en aquella adelantamos, más en este penetramos. Seria en mi arrogancia intentar siquiera tocar este asunto, que deseo

quede presente en vuestra memoria en toda su integridad tal como lo expuso el Sr. Rebolledo con no comun maestría. Voy solo á ocuparme de la caridad. La caridad espiritista no es esa que se traduce en dones terrenales, que si alivian la miseria de hoy dejan presente el horror de la de mañana. No es, no, los desperdicios de nuestros festines, las migajas de nuestras harturas, los míseros escudos sobrantes sin otra aplicacion de nuestras abundancias. Nó y mil veces nó. La caridad espiritista está más alta, tiene su asiento en el místico Gólgota; allí está simbolizada en aquel Sér extraordinario, que entregó su vida por dejar en el mundo la semilla de una verdad salvadora y que se escapa en torrente de ternura por esas heridas que desgarran su pecho, en donde se anida el más grande y santo de los amores. La caridad de que ahí se habla es la esencia más pura del amor á nuestros semejantes, á todo cuanto la obra del Creador abarca: ese amor sublime, que derrama el consuelo en el alma dolorida, que tiende afanoso la mano al que tropieza para evitar la caída; que ensalza al menesteroso sin abatir al opulento, que cura y cicatriza amorosa las llagas del alma más hondas y dolorosas que las de la carne. Esa es, en suma, nuestra caridad, que no puede representarse ni por todas las riquezas acumuladas de la tierra.

Ruego, pues, al Sr. Alfaro que rectifique su juicio y elimine esta partida de los impuestos económicos del porvenir.

Termino ya, señores, que harto he fatigado vuestra atencion; pero no lo haré sin dirigir mis últimas palabras á los materialistas. Elevad vuestra mirada al firmamento, recorred esas inmensas é infinitas creaciones que le esmaltan, interrogad á esos brillantes mundos que giran rápidos por sus extensas órbitas en majestuoso y acompasado movimiento, escuchad sus divinas armonías, fijaos en esos esplendores mágicos, reflejos de una ideal belleza, recojeos despues en vosotros mismos, y meditad; y si pasada esta muda contemplacion no se levanta de lo más íntimo de vuestro corazon y del fon-

do de vuestra conciencia una voz poderosa, un grito del alma que reclame acatamiento y adoración hacia Aquél que mora en el seno de esas deslumbradoras mansiones, prorrumpe entonces sin extremos y con el enérgico impulso de la desesperación: *ni eso tiene Creador: ni el alma existe.*

EUSEBIO RUIZ SALAVERRIA.
(De el "Espiritismo" de Sevilla.)

Un avaro.

En los luctuosos días de prueba por que pasó la ciudad de Buenos Ayres el año de 1870, flagelada por la fiebre amarilla, dejaba en ella su cuerpo mortal, víctima de aquel flagelo, N. N. en la mayor horfandad y miseria.

Infeliz mendigo, recogía cada día la limosna que imploraba de puerta en puerta, y que la verdadera caridad de algunos, y la generosidad vanidosa de otros depositaba en su rugosa mano.

A pesar que sus favorecedores eran numerosos, el mendigo revelaba en su aspecto y vestido la imagen de la miseria mas subida.

Las privaciones de todo género torturaban esa desdichada existencia, hasta que la epidemia reinante vino á hacer fácil presa de ella dejándolo tendido en un mugriento colchon cubierto de harapos.

Cualquiera habria pensado que ese ser humilde y desvalido, habia cumplido una existencia laboriosa con resignación santa, y que al fin encontraba en el sepulcro la paz y el descanso, que le habia negado su destino en un mundo egoísta é indiferente. No faltaria tampoco quien creyese que su muerte en medio de la indigencia, era una era de prueba ó de expiación que hubiese elegido en otra existencia para reparar antiguos errores y mejorar su espíritu.

Vamos á ver la verdadera historia de ese mendigo.

Su espíritu comunicándose espontáneamente al Medium J. de E.

Se expresó del modo siguiente:

Así como el frío es la ausencia temporal del calor, y las tinieblas de la luz, —el mal es el olvido del bien, olvido que mas ó menos tarde lo pierde la criatura.

Para que el periodo del olvido del alma sea mas corto, y el recordar sea hijo del libre albedrío, cuando uno, ó mejor dicho todos los espíritus desencarnan en el mundo espiritual, tienen consejeros á quienes atienden espontáneamente hoy ó despues, y al atenderlos estudian, comprenden lo mal que obran, y hacen el propósito de obrar despues mejor, en vista de lo que padecieron y de lo que disfrutaban otros que fueron virtuosos.

Queridos hermanos, si pudierais comprender, lo sublime de esa ley de amor fraternal que hace á toda alma virtuosa trabajar con ardor en bien de los que sufren por que la olvidaron; si el lenguaje articulado fuera capaz de expresar lo que disfrutan los Espíritus que mutuamente se ayudan, que admirados quedarais al oírlo, y cuan pronto coadyuvarais al bien general segun vuestras fuerzas y facultades, os lo permitieran; pero ya que no es posible por que las leyes del Creador no lo permiten, y por que se amenguaria el mérito de vuestros trabajos por falta de libertad; —en dos palabras y del mejor modo que pueda voy á demostraros lo que gocé al despertar del sueño en que sufría sin ver su término.

En mi existencia anterior á la que acabo de terminar fui uno de los que se llaman poderosos porque tienen riquezas acumuladas, ó que otros acumularon, y si bien las que yo poseía fueron hijas de mi trabajo personal en los principios, y de especulaciones mercantiles despues, sin embargo, antes de los cuarenta años me encontraba rico de oro, crédito y muchas tierras. Orguloso porque todo lo debí á mi contracción, no me dolía del pobre, y pocos sobornos salían de mi bolsa para ellos.

A todo pedido contestaba inflado de necio orgullo, "Trabaje, que trabajando reuní lo que tengo, trabaje como yo, y no se verá precisado á pedir á otro parte del fruto de sus fatigas y sudor."

Esto pasaba en el siglo XVI en Sevilla: donde deje de vivir como hombre rico. Deje el mundo de vanidades; presuntuoso y engreído, creía muchos años despues estar todavía en el mismo estado en que se hallaba mi cuerpo cuando no se habia separado de mi alma. Al fin

desperté de mi error, rogué al Padre Celestial, y conociendo despues lo mal que habia obrado, pedí encarnar y mendigar en la tierra, Dios infinito en justicia y sabiduría otorgó mi súplica, y apesar de encontrarme ya reconocido sabiendo como sé, que en la eternidad toda alma purga sus errores. Tiemblo al considerar como llené mi misión expiatoria que solicité y me fué concedida por la misericordia sin fin del padre universal.

Mendigué si, pero acumulando dinero dando una tortura horrible á las necesidades de mi cuerpo material, y sufriendo terriblemente mi alma, cuando no recolectaba una cantidad suficiente á satisfacer mis deseos ambiciosos.

En ese estado me sorprendió el término de mi encarnación, y, hermanos, padecí tanto, tanto, al ver lo pronto que se repartieron mi dinero, sufrí tales dolores, cuanto que me consideraba presa de ellos por una eternidad; y así como los animales huyen espantados en los momentos de un eclipse de Sol, y vuelven á la calma y á la alegría luego que el astro de la luz reaparece radiante, así mi alma iluminada por un buen Espíritu concibió esperanzas de salir de tan horrible situación.

Mi temor desapareció, las tinieblas se disiparon, y la luz de la misericordia del Altísimo, hirió mi ser eterno, y otra vez volveré á la tarea mal terminada, otra vez hermanos porque nuestro padre común no agota jamás los raudales de su amor sin fin.

Si el que se está ahogando se salva con el auxilio de otro que á fuerza de nadar llega á la orilla, y al verse en ella llora de placer, cual no experimentará el que consiguió arrancarlo de las aguas?

El deleite no puede ser material, y por lo tanto hermanos, buscadlo con el pensamiento y lo hallareis, así es grande é inesplicable por medio de la palabra, es en fin lo que llegareis á conocer bien y sin velo alguno, cuando despojados como yo hoy de la misera materia esteis en la vida en que se estudia, aprende y ayuda á los demás que gimen bajo el yugo de sus faltas terrestres; y voy á terminar diciendoo, gracias: y no olvidéis jamás que por amor fraterno conoció sus errores, y espera en Dios purgarlos.

Un espíritu que mendigó en la tierra, y acumuló metálico.

La vida eterna.

No esperéis os describa un paraíso inerte de espíritus arrobados en la divina contemplación: no esperéis que os describa un lugar de amenísimas delicias perfectamente inútiles para los seres todos, perdido en el tiempo como se pierde la fecundidad de la semilla que el viento arrastra sobre la arena de los desiertos: no, el mundo que voy á describiros es ni mas ni menos que el mundo que habitais coronado de una aureola y con un abismo detrás de vuestros pies. ¿Qué premio mas dulce que la contemplación del ser divino, me direis? ¿Hay un mas dulce premio? ¿Que priva al hombre el que este sea para él el mas horrible de los reproches y el mas duro de los tormentos? ¿Cual no sería, decidme, la confusión del hombre si le fuera dada en un día llegar á la región del Ser y le concibiera en eterno trabajo mereciendo siempre el premio que siempre gozó, y el ser humano contemplando inerte tanto trabajo en una inacción perfecta?

El mundo de Dios no es el mundo de la ociosidad: es, por el contrario, el mundo del trabajo, de la actividad, del movimiento, del improbo trabajo de encanjar la libertad por su camino de perfección. No concibais á Dios jamás rodeado de nada; concebidle solo y concebireis mas á Dios, aquel sereno espíritu sonriente, no de su dicha, sino de la dicha de todos los seres, absorbido por el pensamiento eterno de la creación y por la contemplación en el libro del tiempo de las acciones de los hombres; concebid despues del Ser Supremo á todos vuestros hermanos, velando por vosotros y pensando en vuestra dicha con el gozo inefable de un ser á quien una dicha perfecta nada hace desear para si mas que la dicha igual para otros seres; concebid un espacio imaginario rodeado por un espacio aun mayor, y en el concebid el pensamiento intensísimo que magnetizando con su mirada la materia sintetiza el movimiento del mundo, compuesto de todos los mundos, irra-

diando la luz que le rodea sobre el sereno espacio, y tendreis una idea incompleta de lo que es esa vida, que no seria tal vida si no tuviese por atributos principales libertad, movimiento y trabajo.

SOCRATES.

(de *El Criterio Espiritista*.)

MISCELANEA.

Interesante—«El Espiritismo» de Sevilla, de 1º de agosto último, dice lo siguiente:

«Mas de una vez nos hemos ocupado sobre la marcha que llevan algunos grupos de estudios espiritistas, y nos ha sido muy sensible tener que hacerlo, dando á comprender que obedecen á otro criterio que al de la razon y de la lógica, sin que este, al parecer, sea para ellos gran cosa. Nosotros deploramos que por así abandonarse vayan dejando de cada vez mas franco el paso á malévolas sugestiones, que si por el pronto, no se aperciben de sus perniciosos efectos, á poco que semejante marcha dure, habrán de serles muy sensibles.

Pudiéramos citar mas de dos y mas de tres grupos, en que la alucinación, la obsesión ó el fatalismo viene enseñoreándose; pero no es prudente que lo hagamos, y por esto nos limitamos hoy á dar la voz de alerta, sin particularizar, á fin de que cada cual por sí se ponga sobre aviso y procure guardarse de la hipocresía, de la ignorancia, de la presunción ó de la mala fé; que de todo ello hay poco ó mucho y para desgracia de todos.

«Con la extensión que este asunto se merece, procuraremos tratarlo en uno de nuestros próximos números.

«Mientras tanto vivamos prevenidos, y procuremos no incurrir en aquello que censuraríamos en cualquier otro.»

«Dejemos á nuestro colega la iniciativa de tan interesante asunto, rogándole se sirva abordarlo pronto, con la seguridad de que nos verá á su lado, pues es ya tiempo se dé la voz de alerta, para que sepan los que se dedican al estudio del Espiritismo, que no se juega impunemente con esta ciencia, y que la práctica de la mediumnidad tiene sus escollos inevitables, si falta el método y la buena dirección y sobra el orgullo, la vanidad y sobre todo la excesiva curiosidad y ligereza que tanto abunda en la mayor parte de

los centros. Además del profundo estudio que necesita nuestra sublime filosofía, el que por cualquier causa se vea en la necesidad de dirigir uno ó mas médiums, debe hacer otro estudio detenido de la parte experimental ó guia de los médiums y evocadores, pues de otro modo no es fácil sustraerse á las perniciosas influencias de Espíritus sofisticadores, que engalanados con nombres ilustres se hacen aceptar como buenos, obsesando á los médiums y á los centros, para hacerles aceptar las teorías más absurdas. Hay en la erraticidad espíritus de todos matices y por consiguiente, así como en la tierra hay fariseos, los hay allí también, pero tan astutos, que se introducen allí en donde ven flancos vulnerables, empezando con benevolencia y refinada hipocresía y concluyendo por llevar hasta el ridículo á los que les escuchan. Creen algunos que por que un Espíritu les dá comunicaciones de un estilo elevado y correcto, ó porque les presenta un fenómeno que les llama la atención, son suficientes credenciales para que se les admita sin mas comprobación.

El Espíritu acredita su procedencia mas por el fondo que por la forma, no se impone nunca; es siempre oportuno, raras veces obliga á los médiums á ejercer su facultad distrayéndoles de sus deberes y obligaciones terrestres, sin una necesidad muy precisa y saludable.

Muchos ejemplos podríamos citar para probar lo que decimos, y sentimos que algunos no quieran hacer caso de los sabios consejos que sobre este asunto dá el *Libro de los Médiums*, y se atreven á decir que para nada necesitan su estudio. A éstos les diremos que si se bastan á si solos pueden prescindir del criterio, de la razon y de la lógica de los que necesitaron tantos años para formar un cuerpo de doctrina, que rechazan sin conocer su importancia, y sin embargo, se creen con suficiencia para dar más y mejor, por orgullo ó vanidad, ó porque han sucumbido á las influencias de Espíritus sofisticadores.

No reparamos en consignarlo así, porque tenemos ejemplos y no pocos, porque es nuestra misión decir la verdad en esto como en todo, y finalmente para demostrar una vez más que, sin un estudio detenido, tanto los médiums como los evocadores se exponen á sufrir desengaños y consecuencias nada agradables.

(*Revista Espiritista de Barcelona.*)